

olo, donde el llano empieza,  
 menterio campesino  
 penumbra el vespertino  
 y la colmena reza.  
 su mística tristeza;  
 invierno peregrino  
 a cruz ante el camino  
 ando la maleza.  
 unas vacas compasivas,  
 riosas rogativas,  
 alentar las sepulturas,  
 el cielo sus ojazos,  
 de estrellas cuyos brazos  
 las huérfanas llanuras.

s frecuentes excursiones por los  
 ra una vez con un compañero,  
 de un bosquecillo a un lado de  
 res y alaridos.

escucha los dos viajeros y, co-  
 fan, diéronles de las espuelas a  
 y penetraron al bosquecillo.

na semejante a una de las pri-  
 de Don Quijote: un habitante  
 s regiones estaba dándole de  
 obre india que gritaba deses-

pearse, le arrebató el látigo al  
 to que le gritaba:

. guache!... canalla!... ¡Así  
 a mujer!

El otro, que parecía ser un rudo ganadero,  
 requirió el revólver y le gritó al poeta:

—Para usted también hay... y para su madre!

Rivera dio un rugido, le clavó las espuelas  
 ferozmente al caballo que, encabritado, saltó so-  
 bre el grosero gañán y lo arrojó sobre la yerba  
 como un pelele. El valeroso cantor de la selva  
 se apeó y, ya con su revólver en la mano, le  
 dijo al otro:

—Voy a darte diez latigazos en la cara: uno  
 por esta pobre india; otro por todos los indios  
 a quienes habrás maltratado, y otros ocho por  
 mi madre.

Dicho esto, esgrimió el látigo que, al caer so-  
 bre las mejillas del palurdo, le dejó una huella  
 roja.

El hombre lanzó un grito que devolvieron los  
 ecos nemorosos. Rivera alzó el brazo y otra vez  
 el látigo pintó una serpiente de fuego sobre la  
 mejilla del gañán. Este se arrodilló, juntó las  
 manos en imploración y dijo:

—Perdóneme, señor...!

El poeta guardó su revólver, recogió el del  
 azotado, se lo entregó y le dijo tranquilamente:

—Tóme su revólver y asesíneme por la es-  
 palda si quiere. Le perdono los otros ocho lati-  
 gazos en nombre de mi madre...